

RAFAEL GORDÓN O EL ARTE DE QUERER Y NO PODER

FRANCISCO JOAQUÍN PÉREZ GONZÁLEZ

Académico de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes

Presumo de tener en mi biblioteca, desde hace más de cuatro décadas –destacable dato si añado que supero por poco las cinco-, a lo más selecto, en libro, de la poesía compuesta en Extremadura. Desde los históricos Chamizo, Gabriel y Galán, pasando por el triángulo poético compuesto por Pacheco, Lencero y Valhondo –de estos últimos es hasta preocupante mi obsesión por lograr sus primeras ediciones-, hasta los nombres actuales que no me molesto en mentar por ser amplia la nómina.

Luego están los desconocidos para el gran público lector. Decenas de autores ocupan mis estanterías sin saber por qué han llegado hasta allí, quién me los ha regalado –supongo que los mismos autores- o, por qué, también, los conservo aún.

Y claro, en tardes/noches ociosas les doy un repaso para, cual cura y barbero del Quijote, reciclar lo que entiendo prescindible.

Y en eso estaba, hace no mucho, cuando pretendía donar al falso reciclaje que nos imponen, tres libritos de un autor proscrito, Rafael Gordón. Raro, innecesario, sí, de aquellos que deambulan por las librerías en espera de un alma caritativa que, tal vez por tener un hueco en sus estantes, se aventura a ampliar su inaprovechable y seguro denostado, en el futuro, legado a sus descendientes.

Pero entonces, como supongo hace todo buen bibliófilo, repasé antes las páginas de los tres libros que dispongo del autor, en busca de algún raro documento o recuerdo familiar que pudiera permanecer escondido entre sus páginas. Al hacer lo dicho

me detuve en una página que contenía un poema que, lacónicamente, se ofrecía al lector,

*Calle abajo
el agua desciende.
Calle arriba
no puede.*

Quieto, me dije. Esto no está mal. Vamos a ver qué hay aquí aparte de esto.

Lo primero que comprobé que, uno de los títulos, el bautizado como *Escrito en los bares y otros poemas que el tiempo secuestra en la memoria* estaba dedicado por su autor a mi persona. Fue en 1994, año de edición del librito, cuando éste, Rafael Gordón, tuvo el detalle de hacérmelo llegar y, sobre su rúbrica, añadir mi nombre y de Agustina, entonces mi novia formal y ahora mi formal esposa. Los otros dos títulos que poseo son *Aroma de Crepúsculo* (1992) y *Escúchame, soy tu sombra* (1996), de donde procede el poema, hace pocas líneas arriba, inserto.

Recordé entonces el magnífico trabajo que, como merecido panegírico póstumo a Jesús Delgado Valhondo, hizo la colección Kilyx (núm. 29), en el año de la muerte de aquel poeta y, en uno de sus apartados, firmado por Ángel Sánchez Pascual, éste hacía un amplio alegato al poema de este reconocido vate, titulado, como sobradamente conocerán, *Paseo* y cuyo contenido es el siguiente:

*Por la carretera abajo,
empujados por la tarde,
el alcalde y su señora,
gorda y fría,
con cuatro niños delante.*

Analizaba Sánchez Pascual cada verso, estrujaba el sentido de cada palabra, sacaba un sentido al texto que, los simples mortales, nunca hubiéramos podido encontrar en una primera, segunda, tercera,... lectura. El sabio sentido que hallaba en estos cinco sencillos versos se nos escaparían si no hubieran sido acertadamente analizados por tan docta firma.

Entonces, como jugando al solitario, mi ordenador y yo, nos propusimos a emular, dentro de nuestras posibilidades, al autor del laureado *Ceremonia de la inocencia*. Más ambicioso aún era mi propuesta. Se haría de los tres títulos salvados por mi hoguera cervantina de este siglo XXI.

Bueno, pero antes, continúe yo mismo recomendándome, intentaré dar un repaso a la creación de Rafael Gordón, por si, en realidad, merecía la pena que permanecieran acumulando polvo, humedad y tonos ocres en la estantería. No sé si habrá publicado algo más –seguro–, pero basé mi escrutinio literario en lo que a mi alcance estaba, o sea, los tres títulos mencionados.

De entrada me llamó la atención la dedicatoria de unos de sus trabajos. Ustedes entonces valorarán, al respecto, si merecía seguir mi ardua labor,

A mi coche que sigue sin dejarme tirado.
(Escúchame, soy tu sombra).

Luego, cronológicamente, me puse a leer estas humildes ediciones. Primero *Aroma de Crepúsculos* y allí, entre sus pajizas páginas (hace más de treinta años que me acompaña el volumen), me encuentro que es un poemario de amor, de sencillos versos, como debe ser, como sencilla es igual esta crítica que ahora lee. ¡Para qué complicarnos ambos!

Redactado por un autor joven, que cita a David Bowie o a Peter Gabriel, nos muestra la vida tal como es,

*Entreabres los ojos
y la luz juega con las sombras
a tu antojo.*
(Pudiera ser un soneto)

*...apareciendo en la cada vez
más calva cabeza; y el canario
envejeciendo sin decir ni pío.*
(Días de lluvia)

*El cristal se ha roto
en mi rostro de adolescente.*
(Metamorfosis)

Y que, en una primera parte, inserta poemas breves, algunos de cierta crueldad (*Tu-gurio*), para extenderse en poemas sin rima alguna, como aventurábamos. Es más fácil, eso sí. Pregúntenselo a Miró y sus lamparones “cromáticos”.

En su segundo trabajo, *Escrito en los bares y otros poemas que el tiempo secuestra en la memoria* (1994), de más cuidada edición, encontramos de inicio una serie de sonetos para, posteriormente, imbuirnos en secciones con algunos títulos que hacen palpable y terrenal la tarea de la creación poética de Gordón: *Pequeños poemas encontrados en las aceras y/o Escrito en los bares*.

Aquí encontramos poemas que dan vuelta a las frases hechas,

*Mas la vida depara
contratiempos
que destruyen
las flores del camino.*
(Le chemin)

Así como referencias a la falta de voluntad en conocer de la volatilidad de la vida,

*En el fondo de la taza,
donde leen las brujas el futuro,
he hallado posos que ni conozco
ni tengo interés en conocer.*

En este poemario podemos hasta encontrar neófitas analogías a un Lencero bisoño,

*En la puerta,
un niño.
Cariño, cariño.*

*En la esquina,
un viejo.
Pellejo, pellejo.*

(...)

En definitiva una colección de poemas, si no sorprendentes, sí para entretener la mente y donde, entre algunas pulcras y bien entretejidas palabras, aparece un

*...en la avenida, a la que actualmente
han cambiado de nombre,...*

(Noviembre de 1984)

Versos estos últimos que nos muestran a un poeta cercano, al que sin conocer de sus *andares*, le podemos perfectamente poner los pasos de cualquiera de nuestros vecinos.

Finiquitando el asunto, hojeamos *Escúchame, soy tu sombra* (1996), donde, en su contraportada, escarparete comercial para una posterior adquisición de la obra, hayamos que

*Tenemos ante nosotros a uno de los peores poetas de nuestro siglo, pero su poesía
puede ponerse a la altura de cualquiera.*

Seguimos estudiando si es verdad la sentencia. De entrada comprobados que, aquella M^a Ángeles a la que iban dedicados los dos primeros volúmenes, ahora, en este último trabajo referenciado, se toma como musa a una tal Susi, la que, según se intuye, hace padre al autor. Algo ha cambiado.

Vemos, en este último trabajo en posesión mía, a un Gordón ahora drástico en sus pensamientos, y con una coletilla que nos remite jocosamente a un manido Alberti,

*Háblame del gazpacho
y déjate de jodiuras.
Marinero.*

ofuscadamente confundido,

*¡Qué despistado!
Olvidé cerrar los ojos
y estaba soñando.*

y travieso en cuanto a la estructuración del libro. Leemos en una página (no están numeradas ni titulados los poemas),

*A ti,
que por poco me das
con el velo de tus ojos.*

para, siete poemas (páginas) después, encontrar

*A ti,
que esta vez
sí que me has dado
con el velo de tus ojos.*

Y, por qué no, con detalles directos a lo escatológico, mencionando en dos poemas consecutivos e hilados, creando un conjunto de versos monotemáticos, cuyo protagonista es la palabra *pedo*.

Añado unos versos de un poema ajeno a los tres títulos referidos (*Invitado por la indiferencia* lleva por título), y que apareció en *El vuelo de la palabra* (2004), publicación que, como sabrán, pretende ser escaparate de escritores nóveles y donde cabe de todo y en ocasiones bueno.

Pues bien, una década de evolución se ha apreciado en la poética de Rafael Gordón, como no podía ser menos, creo, pero aún fecundada del halo de inconformismo de sus pueriles inicios. Leíamos entonces,

*Ni esta ciudad que no despierta
y envejece cada vez en las aceras
ni estas puertas con pestillo y cerrojo
que se cierran sin saber que están abiertas.*

Es sin duda Rafael Gordón una sencilla persona que juega a ser poeta o un poeta envuelto con el disfraz de persona. Alguien a quien leer y tal vez no conocer nunca, prolongando así el misterio del rostro y las manos de donde salieron tanta savia y sólo de sus palabras.